

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad

**SUMARIO.** *Revista de Madrid*, por D. Diego de Rivera.—*La nube negra*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*A mi madre* (poesía), por D. José del Castillo y Soriano.—*La Bendición paterna* (conclusion), por D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar.—*La subida de la marea* (continuacion), por M. S.—*Labores*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 858.—*Grabado de Labores*, núm. 70.

## REVISTA DE MADRID.



ENTRE las desconsoladoras realidades de la vida hay algunas consoladoras ficciones de la fantasía que recrean el ánimo de los individuos y levantan el espíritu de los pueblos. Las bellas artes y las bellas letras son las encargadas de producir este grato fenómeno, y de hacer á unos y otros olvidar pesares y amarguras, desarrollando profundas concepciones ó revistiendo á las ideas de selectas formas, embeleso de los sentidos. Ellas ademas suavizan las costumbres de la sociedad en que florecen y aquilatan en la mayoría de las gentes el gusto y la sensibilidad, de modo que cuanto en ambas cualidades van éstas ganando por tal medio, otro tanto dominio pierden en ellas los espectáculos y accidentes feos ó poco delicados. ¡Dichosos los pueblos que prestan al noble culto de la belleza la atencion merecida, pues á la vez que dan reposo á su existencia ciñen de gloria su nombre!

Nuestra patria, sin dejar de tener aptitud especial para el culto de lo bello, carece de la aficion necesaria que para practicarle con fruto se necesita. Espectáculos violentos, pasiones candentes y tempestuosas atraen y subyugan la atencion de la generalidad de los españoles; así es que pocas almas acuden á la region tranquila en que vibra la voz del poeta, en que resuenan los acordes del músico, en que las artes del diseño sorprenden y embellecen los movimientos de la naturaleza. Y esto sucede lo mismo con respecto á los que admiran que á los que producen, porque la escasez de unos y otros es á su vez causa y efecto de tan exíguo florecimiento.

Tales ideas se nos han venido á las mientes al tender nuestra vista en derredor, deseosos de consagrar la actual reseña á los acontecimientos que hoy se realicen en la cor-

te en punto á bellas artes bajo todas sus manifestaciones. ¡Qué silencio, qué vacío hemos encontrado! Pasada la época de la Exposicion bienal ha cesado aquella agitacion efímera que hacia sonar en las conversaciones nombres de artistas y creaciones del ingenio. Hoy es menester penetrar en el secreto del estudio ó del gabinete para sorprender algun suceso que dé señales de la belleza artistica y literaria. Así lo hemos realizado en espíritu, y de nuestras indagaciones vamos á dar cuenta.

Una estrella brillante se anuncia en el horizonte del arte español, á ser realizables las esperanzas que de su esplendor y magnitud conciben sus admiradores. El Sr. Fortuny, jóven pintor catalan que ha estudiado en Roma durante algunos años, y que hoy reside en Madrid, es la causa de tan lisongeras esperanzas. Precedido de notable reputacion que se fundaba principalmente en su rara habilidad de pintor de *acuarelas* y *aguas fuertes*, en cuyos dos géneros habia dado preciosas muestras, ha venido hace algun tiempo á la corte con nuevos productos de su talento que llaman poderosamente la atencion de los aficionados. Consisten, segun tenemos entendido, en dos cuadros al óleo discretamente pensados y ejecutados con primor; siendo uno de ellos, el denominado *Los anticuarios*, de tan felices cualidades como dibujo, como colorido, como entonacion y vigor de toque, que en los círculos donde tales cosas tienen valia sólo se le tributan unánimes aplausos.—Una coleccion de *acuarelas* que representan tipos y costumbres diversas completan el motivo de los elogios, ya por la frescura de las tintas, ya por la destreza del desempeño.

Es de desear que el Sr. Fortuny, imitando al poeta cuando dijo: *paulo majora canamus*, acometa una grande empresa donde deje campeare su imaginacion y donde en el





desenvolvimiento de una gran concepción religiosa ó histórica sea posible comparar los quilates de su mérito con los de otros varios jóvenes pintores que ya repetidas veces han conquistado premios oficiales y plácemes del público. Mientras esto no suceda no es fácil una comparación acertada por faltar homogeneidad en los términos.

Otro joven pintor, mas conocido que el Sr. Fortuny por haber luchado con gloria en las tres últimas Exposiciones, ha dado origen en estos días á legítimas y honrosas alabanzas en los círculos artísticos de la corte. Aludimos al distinguido y laborioso autor de *Las hijas del Cid*, *El entierro de Cristo*, y *La primera comunión*, el Sr. D. Domingo Valdivieso. Los rigores de una fortuna adversa y la glacial indiferencia de la época no han podido entibiar su entusiasmo de artista ni amenguar su enérgica voluntad de hombre, así es, que nunca permanece ocioso su pincel. Consagrando parte de su tiempo á la enseñanza privada que da en su estudio propio á varios jóvenes (alguno de notables esperanzas), emplea la restante en trabajos que espontáneamente acomete, ó que le encargan personas que unen los medios al buen gusto.

Por esta última causa ha pintado recientemente dos cuadros (de los cuales uno fué ya entregado á su rico dueño), cuadros que aunque pequeños en el tamaño son grandes en el mérito.

Representan escenas del género histórico, muy agradables para corazones españoles.

Titúlase el primero *El Rey poeta*, y figura á Felipe IV leyendo en el Buen Retiro una comedia ante la Reina su esposa y los insignes ingenios Calderon y Quevedo. De este cuadro, que hemos tenido el gusto de examinar detenidamente fuera del estudio de su autor, podemos hablar de ciencia propia. Está pensada la composición de una manera

fácil y discreta; recuerdan precisamente las figuras los personajes que reproducen; á la corrección del dibujo acompaña un rico colorido y una vigorosa entonación; coronando todas estas cualidades un *no sé qué* de poético y elevado á la par que de suave y tranquilo, circunstancia que revela el gusto con que el Sr. Valdivieso ejerce el arte bello que profesa.

Del segundo cuadro no podemos hablar de ciencia propia por no haberle visto todavía, pero por conducto fidedigno sabemos que no desmerecerá de su precedente. Se titula este segundo *El pintor rey*, y recuerda á Velazquez recibiendo en su estudio, por el cuadro de *La rendición de Breda*, los elogios de Rubens que siendo embajador en la corte es presentado á él por Felipe IV.—Ya ven nuestras lectoras que el asunto es de fina y patriótica índole.

No menos deben citarse algunos recientes retratos de medio cuerpo y tamaño natural hechos por este artista, en los cuales ha sabido hermanar el parecido con la libertad de ejecución, y separar del amaneramiento la pastosidad y el agrado en el desempeño. De un distinguido empleado del Ministerio de Fomento y de un poeta muy conocido en Madrid son los mejores que ha producido últimamente su pincel.—Mandamos al Sr. Valdivieso una modesta enhorabuena por sus adelantos.

En la Academia de Nobles Artes de San Fernando se ha tratado há pocos días, según hemos oído, de una innovación relativa á las pensiones de Roma. Un señor académico de gran reputación ha propuesto que se den en adelante á los que obtengan ciertos premios en las Exposiciones, pero tal proposición no ha sido aceptada. Nos parece que con mucho tino ha obrado la ilustre corporación.

Aquí cesamos por hoy, agotada la materia y acabado el espacio de que disponemos.

DIEGO DE RIVERA.

## INSTRUCCION.

### LA NUBE NEGRA.

Tu carta, querida Virginia, ha llenado mi alma de júbilo y de consuelo. Te has casado, has unido tu suerte á la del hombre á quien amabas, y te consideras muy dichosa. Yo participo de tu alborozo, comparto tus esperanzas, pero este alborozo, estas esperanzas, van acompañadas de aquella secreta zozobra que experimentamos cuando nuestros amigos queridos fian su vida á un frágil leño, para ir en busca de prósperos sucesos á desconocidos y remotos climas. Nosotros mismos preparamos el viaje, invocamos al viento para que hinche pronto las velas; invocamos á las ondas para que formando un terso espejo apresuren el instante de la

feliz partida, y, sin embargo, nos sentimos sobrecojidos de un vago terror, de una inquietud misteriosa. ¡Sonreímos, y nuestros ojos están velados por las lágrimas!

¡Hay tantos escollos en el mar! ¡son tan inconstantes los vientos! ¡es tan fácil que se inflamen las nubes y arrojen relámpagos y rayos!

No quisiera acibarar tu contento, pero te amo, y he visto surgir en tu carta alegre y expansiva una nube negra, que pudiera hacer zozobrar tu endeble barquichuela.

Alfredo tiene madre, y vas á vivir con ella. Tú no la conoces, según dices, ignoras cuál es su carácter, sus virtudes. Habita ahora en el campo, sola, triste y retirada, porque ha debido condenarse á las mayores privaciones para costear la carrera de su único hijo.

Debe ser virtuosa y amante, porque Alfredo lo es, y



los hijos suelen ser trasladados de sus madres. Reconocido á los inmensos beneficios que ha recibido de ella, su primera idea al abrir su bufete ha sido llamarla á su lado y ofrecerle un tranquilo bienestar entre sus brazos. Nada mas natural, nada mas justo.

Bien ves que se necesita mucho tacto, mucha abnegacion, mucha dulzura para vivir en paz bajo el mismo techo con una persona de distinta edad, de categoria distinta; pero esta persona no es una estraña, es la madre de tu esposo, y nadie puede estar mas interesado en la dicha de entrambos que la que espera ser dos veces madre y revivir en vuestros hijos.

Perdóname, pues, si te reprocho un párrafo de tu carta, que es, á mis ojos, la verdadera negra nube que puede destruir tu paz y tu ventura, es el siguiente:

«En el cielo de mi felicidad, dices, hay una nube muy opaca: ¡tengo suegra! ¡Yo que he visto satirizar tanto á las suegras en artículos, libros y comedias, juzga de mi terror cuando he sabido que tendria que vivir con una de ellas!

¿Por qué habrá querido Alfredo traerla á su lado? En vano he puesto en juego todos los resortes de mi ingenio para impedirle que lo hiciese. ¡Una vieja que entristecerá con su severa faz los alegres días de nuestra luna de miel! ¡Una vieja que todo querrá gobernarle á su antojo! ¿Qué falta le hacia venir á Madrid? ¡Para rezar, gruñir y hacer calceta, bien estaba en su pueblo! Pero yo me he apercibido para la lucha, que va á ser terrible: ya que no he podido impedir que venga, no permitiré que me pisotee y tiranice. He dejado de ser niña sometida, como era justo, á la voluntad de mis padres: soy casada y quiero ser tambien libre en mis acciones y dueña de mi casa. Desde el primer día, atrincherándome en mi dignidad y en mis derechos, trazaré la linea divisoria que debe separarnos. Así me han aconsejado que lo hiciese mis amigas, y estoy resuelta á seguir puntualmente sus consejos.»

Esto dice tu carta, Virginia, estas son tus propias palabras. ¡Ah, quiero creer que es la irreflexion de tus quince años la que las ha dictado; quiero creer que tu alma buena y generosa iba desaprobando esos caracteres á medida que los trazaba tu pluma.

La que con tanta irreverencia llamas *vieja*, es la madre del que te ha dado su corazon, su nombre, su fortuna! La que quisieras condenar á que vejase en un pueblo, triste, sola, abandonada, es la que le ha formado tal como es, digno del universal aprecio! No, estoy segura de que no habias reflexionado bien; estoy segura de que tus mejillas se enrojecen de vergüenza, y que quisieras retirar á toda costa la insolente palabra que se ha escapado sin saber cómo de tus labios. Esa palabra no ha salido de tu alma; te la han sujerido los necios propósitos del vulgo!

Es cierto, Virginia, es cierto: los escritores, que están muy lejos de colocarse á la altura de su sagrado ministerio, que están muy lejos de cumplir dignamente la mision que Dios les ha confiado, mision augusta, que consiste en cubrir de flores los profundos abismos, socavados en el orden social por las prevenciones ridículas, los odios injustos, la falta de tolerancia, la exajeracion del amor propio y los cálculos del egoismo, los ahondan y ensanchan mas y mas

con la piqueta de la sátira infame é improductiva, y á trueque de decir un chiste, siempre de mal gusto, comprometen el bienestar de millares de familias. La verdadera caridad aplica un bálsamo consolador á las llagas del enfermo, y las cubre y las perfuma para evitar que la repugnancia ahuyente á sus amigos!

¿Pueden, deben los hijos abandonar á sus padres? Pues si no pueden ni deben, ¿á qué presentarlos á los ojos del esposo y de la esposa como un invencible obstáculo en el seno de la nueva familia? No seria mas noble, mas generoso, mostrar á los ojos de los unos y los otros el sacrificio coronado de gloria, enjendrando á la hermosa paz, que todo lo ennoblece y santifica?

¡Oprobio eterno á esos frívolos escritores, que teniendo en su mano la luz purísima que alumbra, la convierten en tea que solo produce humo! ¡Qué teniendo la imaginacion viva, el talento claro, la palabra fácil, abusan de estos preciados dones sembrando odio en vez de amor, en vez de caridad egoismo, en vez de benévola indulgencia, la intolerancia cáustica y sañuda!

¿Qué significan esas diatribas, esos improprios, ese ridículo lanzado sobre seres venerables y dignos de respeto?

Me dirás, acaso, que cuando la voz general, trasmitida de siglo en siglo y de generacion en generacion los anatematiza, algo debe existir de verdad en el fondo que autorice la anatema; me aducirás, como ejemplo, á alguna de tus amigas, víctima de una suegra atrabiliaria é impertinente; pero sin que yo trate de rebatir estos asertos, para fallar una causa es preciso oír á las dos partes.

Hé ahí á una pobre madre que todo lo ha sacrificado al porvenir de su hijo, que ha envejecido viviendo exclusivamente para él, consagrándole todas las palpitaciones de su corazon, todas las ideas de su mente. ¡Es vieja! Los parientes cercanos, los amigos de la infancia reposan en la tumba. El mundo, que se sonreía lleno de complacencia, y se inclinaba ante ella al contemplar sus ojos brillantes, su tez satinada, sus cabellos rubios, su figura esbelta, la recibe con una fria sonrisa de desden, al ver que sus cabellos se han vuelto blancos, que es su mirada triste y su andar incierto. ¡Huye de ella, como huimos instintivamente de los grandes árboles que el invierno ha despojado de sus hojas, y que ya no pueden darnos ni su fruto ni su sombra!

¡Y cuando en medio de su tristeza necesitaba un brazo que la sostuviera para encaminarse al sepulcro, una mirada amante que llenase de luz y resplandor sus postreros nebulosos días, su hijo, cumpliendo una ley de la naturaleza, escoje una compañera, llena de vida como él, como él llena de esperanzas y alegría! Vivirán unidos corazon con corazon, sin admitir un tercero en esta mútua alianza.

De la esposa serán las sonrisas de su hijo, sus amantes palabras, sus tiernas caricias. Y no se limitará á esto solo, lo que la pobre madre pierda. La casa en donde mandaba, no será ya su casa; los servidores, no serán ya sus servidores; los muebles de los cuales se servia, ya no serán sus muebles.

Y sin embargo, como á las madres les sobra la abnegacion, como se complacen en el sacrificio, ellas dicen postrándose de hinojos y levantando las manos al cielo:



—¡Acepto el cáliz, Dios mío, con tal de que se trueque para él en copa de néctar delicioso! ¡Haz que esa mujer le haga feliz! Yo adoraré de rodillas á la que labre la ventura de mi hijo, y para que pueda conseguirlo, la ayudaré con mis consejos, seré el yó de su inexperiencia, la égida que la preserve de todos los peligros!

Esto dice la anciana, y levantándose animada, corre al encuentro de la estraña, que viene á quitárselo todo; abre los brazos al verla, y grita con efusión: ¡hija mía!

Pero la esposa, jóven, inesperta, orgullosa con su triunfo, sedienta de placeres y libertad, que ha oído satirizar á las suegras en libros y conversaciones, que está, como tú dices, apercibida para la lucha, se desvia de sus brazos, y contesta al afectuoso *hija mía* con un *señora* seco y altanero, que hiere de muerte el corazón de la pobre anciana.

Y ¡ay! ¡qué en la vida todo depende del primer día, del primer paso! Tira una piedra á un lago, y verás cómo en su rededor se forman pequeñas ondas; las ondas forman círculos, y los círculos otros mayores, que se prolongan hasta lo infinito, acabando por poner en movimiento toda el agua.

Resentida hondamente aquella que deseaba con tanto afán dar á la jóven el nombre dulcísimo de *hija*, quizás interprete mal cualquiera de sus palabras, cualquiera de sus acciones, y se declara la guerra, y se entreabre el abismo: ¡un abismo que no tiene fondo!

Y no obstante, Virginia, ¿quién sabe si la esposa hubiese respondido á aquel *hija mía* con un *madre* sincero y cariñoso, si se hubiese arrojado en los brazos de la anciana, confundiendo los latidos de su corazón con los del suyo, sus lágrimas de ternura con sus lágrimas? ¿Quién sabe si hubiera hallado verdaderamente en ella una segunda madre?

Pero la jóven no se limita á la primera acogida fría y ceremoniosa: lleva adelante su plan; quiere ser libre y mandar sin restricción ninguna. Hace gala de trastornar el orden que halla establecido en la casa, y antojadiza como un niño mimado, nada la complace como no sea lo que dispone ella misma. Lejos de mostrarse agradecida por los primeros cuidados de que es objeto, manifiesta que la enojan. No solo no guarda á la anciana las consideraciones debidas, sino que hace alarde de no tenérselas; no solo no la pide consejos antes de formar un proyecto, sino que le oculta que lo ha concebido y que lo lleva á cabo.

Y si la anciana se resiente, si muestra un semblante desdeñoso ó airado, la paga con creces, mostrándola el suyo lleno de desabrimiento ó ira; si la anciana exhala una queja

ó la dirije una reconvención, responde con quejas y con reconvenciones ágras y destempladas.

Y sin embargo, ¿á quién tocaba ceder? ¿á quién tocaba humillarse?

Examinemos la cuestión bajo su verdadero prisma:

La anciana ha visto muchas veces llenarse de flores los prados y los árboles de frutos. Ha visto muchas veces trocarse las nubes blancas en nubes tormentosas, suceder á la tempestad el iris de bonanza. Ha vivido mucho, ha visto mucho, ha sufrido mucho: conoce los secretos de la vida, los resultados que el porvenir reserva á cada cosa. La jóven ha vivido poco, ha visto poco, no sabe nada, no ha sufrido nada: tiene la imprevisión y la fogosidad de la juventud, la sencilla buena fé de un alma virgen.

¿Te parece estraño que la primera se considere con algun derecho para dirigir y aconsejar á la segunda? ¿Podrá culparse al encanecido piloto, que ha cruzado mil veces el mar y sabe en dónde están los escollos, si hace algunas advertencias al jóven piloto que nunca ha salido del hogar paterno?

Y si los desaciertos de la esposa destruyen el bienestar ó la ventura de su hijo, ¿no tendrá derecho á desplegar los labios aquella madre que le ha alimentado á su propio seno, que ha velado día y noche junto á su cuna, que ha consagrado á su educación todos los instantes de su vida, que ha renunciado á todos los goces de la tierra para brindarle con ellos?

¡Ah, Virginia, no seamos ingratos, no seamos crueles con esa noble anciana, dos veces respetable por madre y por anciana! Secundemos sus gustos, toleremos sus caprichos, que quizá serán los últimos; amoldémonos á su carácter, nosotros que somos aún de blanda cera. ¡Cuesta tan poco complacer! ¡es tan grato ver que todo es felicidad en torno, y que esa felicidad es obra nuestra!

¿Podrá ser culpable el que hace verter lágrimas á un niño; el que las hace verter á un anciano no merece perdón de Dios ni de los hombres: las lágrimas del niño se secan pronto; las del anciano abren profundos surcos en sus mejillas venerables!

¡Oh, Virginia! recibe con los brazos abiertos á la que ha dado el sér al hombre á quien adoras; no la llares suegra, llámala madre, y verás como este mágico nombre produce milagros de ventura: apercíbete para la lucha; pero no con las armas de la intolerancia y la soberbia, sino con las del amor y la mansedumbre, que ciñendo á tus sienes la corona de los justos, harán que la nube negra se convierta en nube esplendorosa.

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### Á MI MADRE.

En alas de la poesía  
No vengo ansioso á cantarte  
Con seductora armonía;  
Hoy tan solo viene á hablarte  
Mi corazón, madre mía!

En tus brazos al nacer  
Con tierna solicitud,  
Al dar aliento á mi sér,  
En mi conciencia el deber  
Dejó impreso tu virtud.

Con balbuciente oración  
Me diste la religión,



Y con sublime embeleso  
El sentimiento en un beso  
Recibió mi corazón.

Tú, venturoso sosten  
De abnegación sin igual;  
Tú fuiste, madre, también  
Quien me inclinastes al bien,  
Quien me apartaste del mal!

Con entusiasmo creciente  
Por eso el alma ambiciona  
Probar su pasión ardiente;  
Y si anhelo una corona  
Es por ceñirla á tu frente!

Por eso gozoso imploro  
De la gloria las delicias,  
Mas tu preciado tesoro  
Es mirar lo que te adoro  
Al contemplar mis caricias.

Del mundo por los abrojos  
Endulzando mis agravios  
Hacen callar mis enojos,  
Las lágrimas de tus ojos,  
La sonrisa de tus labios.

Madre! sublime querer!  
Que tras de bienes prolijos  
Vive ajena del placer;  
¿Qué le importa padecer  
Si son felices sus hijos?

No existe mas dulce nombre  
Ni hay dicha que mas nos cuadre;  
Y para que al mundo asombre;  
Hasta Dios cuando fué hombre  
Quiso tener una madre!!

Con existencia mentida  
Los amores de la vida  
Al fin estinguen su llama;  
Una madre siempre ama,  
Una madre nunca olvida!

En nuestra varia fortuna  
Con amante frenesí  
Nos sigue desde la cuna,  
Pero entre todas ninguna  
Que pueda igualarse á tí.

.....

Ven, y por mi padre oremos,  
Dios oye nuestra oración,  
Sus mandatos respetemos,  
Y su recuerdo adornemos  
Con flores del corazón.

Y cuando en su tumba fría  
Recemos por su memoria,  
No te aflijas, madre mía,  
Que del sueño que dormía  
Fué á despertar en la gloria!

.....

Lejos, pues, del esplendor  
Y del bullicio profundo  
Calmemos nuestro dolor,  
¿Qué mas placer ni mas mundo  
Que tu existencia y tu amor?

Por eso, madre querida,  
Lloro si estás abatida,  
Gozo al contemplar tu calma;  
Porque tu alma es mi alma,  
Porque tu vida es mi vida!

Tú con purísimo anhelo  
Procuras que el bien me cuadre,  
Bendita luz de consuelo!  
Mil veces bendito el cielo  
Porque me ha dado una madre!!

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

## LA BENDICION PATERNA.

(CONCLUSION.)

La carta era en efecto del Conde, según lo había adivinado la joven, y decía así:

«Señora: la virtud, la magnánima abnegación de Vd., su desinterés al preferir la mano de Jaime á la mía, me prueban la grandeza de su alma, y deploro mi destino que no me ha permitido ser dueño de semejante tesoro. Sin embargo, soy caballero y quiero dejar á Vd. la tranquila posesión de su dicha, soy cristiano y me conformo con los juicios de Dios; pero tengo un corazón vehemente, apasionado, me dejo á veces cegar por el orgullo, y estas cualidades me impiden presenciar la felicidad de la mujer que adoro, y admiro tanto como respeto, habiendo tomado en semejante caso la resolución de abandonar no solo la España, si no la Europa.

Parto, señora, parto para América esta misma noche, y la suplico que si un día la desgracia se posara sobre su frente, si alguna vez en su vida necesitare el apoyo de un corazón leal y sincero, recuerde mi adhesión, mi amor inmenso, y no vacile en llamarme; siempre estaré libre, porque estoy seguro de no hallar en el mundo una mujer como Vd., y una sola palabra suya me haría volar á sus pies.

En tanto, señora, reciba la respetuosa expresión de mi lealtad, sea Vd. muy feliz; yo haré votos por su dicha, mientras que queda sumida en las tinieblas de una eterna noche el alma de su desgraciado amigo

*El Conde de Piñalvo.»*

Esta carta fué la medicina salvadora para el pobre enfermo; ella le daba una prueba de la grandeza de alma de Segismunda, y le aseguraba la entera posesión de aquel generoso y noble corazón, que nunca había dejado de pertenecerle.

El rostro franco y simpático de Jaime rodeado de cabellos negros y brillantes como el ala del cuervo, se animó



con la espresion de un júbilo infinito; brilló en sus negros y espresivos ojos un relámpago de dicha, y tendiendo ambas manos hácia Sor Teresa, adivinó la fria indiferencia que le hacia permanecer apartada, y exclamó con la voz balbuciente y las lágrimas corriendo por sus mejillas:

—¿Me perdonas?

Una sonrisa hechicera iluminó el rostro de la religiosa; esperaba aquella demanda; ¡y cómo negarla si su corazón, henchido de amor y de caridad, solo anhelaba perdonar!...

No necesitó pronunciar una palabra para conceder su perdón, se leía en su rostro, donde aparecían como en un cristal todas las impresiones de su alma angélica y pura.

—Amigo mío, dijo Jaime á D. Telesforo, no tengo padre, haga Vd. sus veces en el mundo y bendiga nuestra frente.

—¡Ah! sí, exclamó Virginia que habia entrado momentos antes y oyó estas palabras. Bendiga Vd. su himeneo, padre mío, y bendiga también el nuestro, porque no pueden hallar felicidad completa en el matrimonio los que al dirigirse al altar no hayan recibido sobre su frente la bendición paterna.

—Hijos míos, exclamó enternecido D. Telesforo; yo quisiera daros con mi bendición una paz perdurable y un eterno gozo.

Jaime y Segismunda unieron sus manos, inclinaron sus cabezas y recibieron la bendición que el noble anciano extendía sobre sus frentes en nombre de sus padres, que moraban en el cielo.

Virginia se acercó á la puerta con inquietud, como si esperase á alguno que no acababa de llegar; por fin se presentaron dos mozos que llevaban en un sillón á Claudio.

D. Telesforo corrió hácia él estendiendo sus brazos.

—¡Hijo mío!... exclamó.

—He querido venir yo mismo, aunque no puedo sostenerme, á implorar su perdón: dijo Claudio con tembloroso acento.

—Su perdón, Claudio; su perdón y su bendición; exclamó Virginia: aquí estamos de rodillas esperando recibirla para ser felices.

—Si en eso estriba vuestra dicha, yo os bendigo, hijos míos, y os perdono... y os amo...

Era tal la emoción que sentían los espectadores de esta escena, que todos sollozaban, no osan doninguno romper el silencio que siguió á la solemne bendición de aquellos dos matrimonios.

Parecía como que una cadena eléctrica enlazaba todos los corazones, agitándolos con un mismo sentimiento.

Los niños fueron los primeros á romperle.

—Abuelito, vamos al Retiro; dijo el mayor.

—¿Me llevarás en coche? dijo el mas pequeño.

—¡Ah, con qué pagaremos tanta bondad! exclamó Claudio.

—Estoy recompensado con las caricias de estos ángeles, y con que hagas la felicidad de mi hija, repuso D. Telesforo, tomando el sombrero y disponiéndose á llevar los niños á paseo.

—Lo juro, padre mío; Virginia será dichosa, y yo, con su amor y con el aprecio de Vd., el hombre mas feliz de la

tierra; dijo Claudio, reanimándose como por encanto su abatida fisonomía.

## EPÍLOGO.

Un año despues de la escena que acabamos de referir, estaban en una casa de campo, propiedad de D. Telesforo, los dos matrimonios, ocupados en los preparativos de un viaje de placer que pensaban verificar al día siguiente. Iban á Mahon, país natal de Segismunda y de Jaime.

Claudio, libre ya de su posición embarazosa y de la miseria, que le habia hecho viejo antes de tiempo, se hallaba completamente bueno, rejuvenecido y luciendo, como en mejores tiempos, su arrogante figura y su rostro demasiado bello para un hombre.

Como amaba verdaderamente á su mujer, y al reconciliarse con su suegro desaparecieron las nubecillas que empañaban el horizonte conyugal, no podía menos de hacerla dichosa.

De Jaime y de Segismunda nada debemos decir, porque el cielo de su dicha era tan trasparente y tan diáfano, que ni la menor sombra le oscurecía.

D. Telesforo chocheaba con sus nietos, que se le subían encima y le obligaban á desempeñar tan pronto el papel del caballo como el del perro.

Y por último, Truchuela, el sastre de la calle de San Agustín, lucía un galoneado y flamante uniforme; era el conserje de la quinta. Su mujer, la *Sastra*, como la decían las vecinas, no se libró en la nueva posición de este apodo; porque D. Telesforo, que se complacía en verla rabiarse, se le decía siempre con una sonrisa de satisfacción.

Al oírsele á el amo, claro está que todos le imitarían, haciendo esto pasar muy malos ratos á la bondadosa mujer, que tenía tan buen fondo á pesar de su mala forma.

—¡Aquellas picaronas de verduleras tienen la culpa!... solía decir algunas veces; pero que rabien; ellas siguen vendiendo nabos y espinacas, y yo soy la *señá conserja*, y tengo una gran casa, y huerta, y jardín, y todo cuanto quiero; Dios se lo pague á la señorita Virginia y la dé tanta gloria y tanta salud como para mí deseo.

—Amen; respondía Truchuela con su flemática y tranquila calma.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## LA SUBIDA DE LA MAREA.

(CONTINUACION.)

—No es esa la voluntad de mi tía Josefa Ignacia, repuso el joven con despecho.

—Mi mujer no tiene mas voluntad que la mía, señor sobrino, replicó Eyuren arrugando el entrecejo.

—Cúmplase la vuestra y no la mía, respondió el pobre Andrés con tal abatimiento, que conmovió al lobo de mar. Éste le tendió la mano y concluyó por decirle: —No doy por



terminado el asunto. Lo pensaré despacito, y veremos.

Andrés por el camino contó á su madre cuánto habia pasado entre su tío y él: y mientras el jóven, cabizbajo y cariacontecido suspiraba diciendo: «hay que perder toda esperanza,» la madre, con la cara muy alegre, iba cantando la siguiente coplilla:

Se lo dije á tu padre,  
Dijo: «Veremos.»  
La respuesta no es mala;  
Boda tendremos.

## V.

Al día siguiente la mar estaba mucho peor; ninguno de los pescadores se atrevió á levar el ancla. El sargento, que se habia levantado al ser de día, salió de su casa con el fusil al hombro y su fiambra bien provista, diciendo á su madre que iba de caza... pero en realidad fuése á lo largo del puerto hasta el lugar donde se hallaba la Petrilla, es decir, la barca de su tío. Ésta, como las demás, estaba quieta y amarrada con fuertes cordeles á un poste de la ribera; desatóla el militar, izó la vela, y sin temor al mal tiempo, entró en la frágil navecilla, y remando, remando, internóse mar adentro.

—¿Quién será el loco que tan mal está con su pellejo? decíanse las gentes del pueblo al descubrir la blanca lona que hinchada por el viento aparecía sobre las cerúleas ondas. ¡Cuidado si es temeridad el salir al mar sobre una cáscara de nuez en un día como el que se prepara!!

Entretanto, el navegante iba diciendo entre sí: veremos si mi señor tío se convence de que no tengo miedo á las olas... ¡Veremos si se atreve luego á decir que un soldado es menos valiente que un lobo de mar!...

Diciendo esto, remaba, remaba, sin apartarse de la costa, de modo que la perdiera de vista. Entretanto, las olas crecían, crecían, y amenazaban sumergir al frágil barquichuelo. Andrés no por eso se arredraba; la idea de volver triunfante al puerto, hacía le despreciar el peligro. Su orgullo estaba humillado; necesitaba una solemne reparación, la necesitaba, y por conseguirla esponía su existencia, y hasta se olvidaba de su pobrecita madre.

Al cargar con el fusil, habíase propuesto entretenerse tirando á las gaviotas, pero las aves acuáticas no parecieron, y aunque hubieran parecido y púéstose al alcance de su fusil, no hubiera podido apuntarlas; bastante hacia con luchar contra el piélago enfurecido, que á cada momento amenazaba tragarse á la barca y á su temerario conductor.

## VI.

¿Qué hacia entretanto el lobo de mar? Devanarse los sesos buscando algun medio para salir airoso del compromiso en que le habia puesto la demanda de su sobrino. Por una parte sentía desairarle, y por otra no le acomodaba casar á Petrilla con un hombre que, á su parecer, tenia miedo á las olas... Sentía decirle no, hallábase decidido á no soltar el sí, y no sabia cómo dorar la píldora. Pensando en esto pasó la noche y la mañana, y pensando en lo mismo salió de su casa despues del medio día y llegó á la de su

cuñada, que al verle tan preocupado, no supo qué augurar de la visita: El ex marino preguntóla por Andrés.

—Ha ido al monte á cazar alondras; respondió la cariñosa madre, bien agena de sospechar la calaverada de su hijo, y el peligro que corría de no volverle á ver.

—Cuando venga, dile que le aguardamos á cenar, dijo Eyuren, á quien no pesaba el retardo. Tenemos que arreglar entre los dos unas cuentas... Solo se trata de aflojar unos cuartos, añadió al notar que la viuda ponía la cara demasiado alegre... No se trata de otra cosa.

—Estas palabras dejaron á la viuda sin saber qué pensar, ni si debía concebir esperanzas ó renunciar á su proyecto favorito.

—Pedro al volver á su casa encontró á Petrilla, que con su amiga Isabel Aretio, la morena mas graciosa y pizpireta de todo el pueblo, y otras dos niñas de la vecindad, dirigíase, con permiso de su madre, á pescar mariscos en la playa. Las cuatro pescadoras iban provistas de cestos y navajas.

Pedro, embelesado, contempló á la jóven, que por cierto estaba monísima con su limpio traje de percal rayado, su delantalillo azul y su pañuelo atado por detrás á la cintura; dos largas trenzas la caían por encima de los hombros hasta mas abajo de las rodillas. Sus piecitos casi descalzos, bailaban dentro de los zapatones que se habia puesto á fin de resguardarse de los pinchos y pedruscos, pero que á lo mejor se le salían de los piés, y tenia que volver á buscarlos entre las arenas de la playa, ó entre los charcos de las peñas.

El pescador detuvo á su hija, dióla un par de besos en las frescas y rosadas mejillas, y encargóla repetidas veces que tuviera mucho juicio, y que antes de las oraciones se volvieran á casita.—¡Cuidado, niñas, cuidado con lo que haceis! Antes de las cinco, á casa. ¿Oís? repetía el buen hombre.

—Sí señor, sí; contestaban las pescadorcillas de almejas, que se alejaban saltando como las pajarillas de nieve, y chillando como las golondrinas.

Eyuren, despues que las perdió de vista, entró en su casa, sentóse junto á la lumbre, fumó su pipa, y despues quedóse dormido. Cuando abrió los ojos daban las cuatro en el reloj de la iglesia.

—¡Vaya un viento! exclamó al oír como silbaba por el cañon de la chimenea... Levantóse, y asomándose á la ventana, miró hácia el piélago alborotado; la marea subía, subía.

El pescador llamó á su mujer, pero ésta no contestó: —Ha debido salir,» murmuró Eyuren, y para entretener el tiempo, comenzó á hojear uno de los volúmenes de la Historia general de los Viajes,» obra que constituía por entero la biblioteca del ex-piloto. El volumen que tenia entre las manos narraba los viajes del capitán Cook. Casi, casi, hubiera podido el buen hombre recitarlos de memoria, y con todo, aquella tarde, no hubiera podido dar cuenta de su lectura. No era con el desgraciado capitán Cook con quien navegaba entonces la imaginación de Pedro.

Cada vez arreciaba mas el viento, y Eyuren, acercándose nuevamente á la ventana, exclamó.—¡Ya me sospechaba que tendríamos mal tiempo!... ¡Mas por mi santo Pa-



tron que no creí fuese tan malo! ¡Esto es casi un huracán! El viento redobla, el cielo se nubla, el mar ruje como un desesperado, la marea sube, y Petrilla no ha vuelto... Mucho la encargué que tuviera juicio, pero fiese Vd. de las chiquillas... y su madre, su madre, ¿dónde habrá ido? ¡Diantre! ¡las cuatro y media ya! Verdad es que las di permiso hasta las cinco... pero con semejante borrasca bien podían conocer esas chiquillas que lo mas acertado era volverse antes y con antes... ¡Cáspita! ¡Qué relámpago! ¡Sopla! ¡Qué trueno! ¡Anda! ¡Qué chaparrón! ¡Buenas se van á poner esas criaturas!... ¿Y mi barca? ¿Si estará bien amarrada? ¡Para el tonto que la hubiera sacado al mar!... Pero esta Josefa, ¿dónde andará, Dios mío? ¡Y Petrilla

que anda por la ribera! ¡Y el pobre Andrés que no habrá vuelto del monte! ¡Diantre! ahora comprendo las angustias de las pobres mujeres cuando nos sorprende una borrasca en el mar! ¡Quizá no hago bien en desear que mi yerno sea marino!... ¡Petrilla sufriría demasiado!... ¡Pobre criatura! ¡Es tan buena, tan cariñosa! ¡Válgame Dios, cuánto sufro!... y al decir esto, enjugóse la frente, que la tenía bañada de sudor frío.

—¡No! exclamó en tono decidido; ¡no, y mil veces no! ¡Mi pobre hija no pasará por mi culpa estos malos ratos!

(Se continuará.)

M. S.

## LABORES.

El grabado núm. 1 representa un calado de punto de aguja con cenefa de malla, muy á propósito para fichús, cofias de mañana, abrigos de cabeza para la noche, etc. Para ejecutarle se necesita estambre grueso blanco y agujas de madera, y para la cenefa, blanco y rosa, y los moldes de la malla.

El primero se hace poniendo en la aguja tantos puntos como tamaño se quiera dar al pañuelo ó fichú, y se trabaja del modo siguiente:

1.<sup>a</sup> Vuelta.—1 punto sin hacer, y alternando hasta el fin de la vuelta, una trabilla, 1 menguado.

2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>—Lisa del derecho, contando la trab. como un punto.

4.<sup>a</sup>—Lisa del revés.

Se repiten estas cuatro vueltas hasta dar al pañuelo la anchura necesaria, terminando en la vuelta segunda, y sacando los puntos sobrecargados muy flojos.

La cenefa se ejecuta haciendo en cada agujero exterior cinco puntos de malla con blanco, y despues, con rosa, un punto en cada uno de los cinco, lo que forma las conchas que le rodean: despues, con aguja de coser, se sube una concha sobre el calado, y se deja otra al aire, quedando con esto terminada la labor.

Dando las dimensiones necesarias, pueden hacerse tambien colchas, cortinajes, etc.

El *almohadon mosáico* que muestra el número 2 es una de esas obras destinadas á realzar la habilidad y el gusto de una señora, por deber ostentarse en el gran salon de recibo delante de la chimenea.

Ejecútase sobre paño ó terciopelo de Utrech verde oscuro, con aplicaciones de cachemir blanco, naranja y verde mas claro que el fondo. Principiase por trazar en un cuadro del terciopelo el círculo ondeado y el dibujo, para que resulten bien graduadas las distancias, y despues se cortan en cachemir las distintas aplicaciones, por este orden: las estrellas, tres rayos blancos y tres naranja, alternados, y los cuadros que unidos por las puntas las rodean, en verde mas claro que el del fondo: todas estas aplicaciones se rodean de trencilla ó cordon de oro, se hace la armadura de la misma forma que el bordado, y se rodea de fleco grueso y largo, del color verde del cachemir, con cordon igual á la pegadura. El efecto de estas estrellas, resaltando sobre un verde de dos tonos, es encantador.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## MODAS.

*Explicacion del Figurin, núm. 858.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE SOCIEDAD.—*Vestido* de muselina blanca con bieses de seda malva, y borlas de seda de igual color.

*Falda* lisa nesgada y con gran cola: cuerpo alto plegado, con bieses por delante y en el hombro: manga justa con bullon, y bieses en el bajo y hombro. *Sobrefalda* de la misma muselina, abierta en los costados y adornada de bieses y borlas alrededor, unida al corpiño escotado, y orillado tambien de bieses malva. Este mismo traje puede llevarse con cuerpo escotado y manga corta.

*Cinturon* malva con gran fleco al pié.

*Peinado* de rizos á la frente, y rulós separados por cintas malva, que se anudan debajo de la moña, colocada muy alta.

FIG. 2.<sup>a</sup> *Troje de campo* de muselina estampada adornada de bieses grosella.

*Falda* interior de seda blanca corta, con escarolado

grosella en el bajo y biés del mismo color encima. *Falda* superior de muselina estampada, con gran ramo en el centro de cada paño, y floreado menudo: esta falda, mas corta que la anterior, y sin ningun pliegue por arriba, lleva biés grosella en las costuras de los paños, que se abren desde la mitad inferior, anudándose las puntas y continuando el biés al canto de la falda.

*Cinturon* flotante de seda grosella.

*Paletot* holgado de muselina estampada, forrado de seda blanca con biés, cuello, solapas y botones grosella.

*Sombrero batelera*, redondo, de paja de arroz, con ala pequeña y copa cuadrada y chata: rodea la copa cinta grosella igual á la de las bridas, completando el sombrero grupo de flores silvestres.

Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



